



El Gobernador Civil de Gerona entrega al doctor Adler el título de Hijo Adoptivo de Lloret de Mar.

# UNA TARDE CON EL DOCTOR ERNESTO ADLER

Por JUAN DOMENECH MONER

La finca del doctor Adler se llama ahora Nautilus. Su situación es de privilegio y ya no hay nadie que hable de la locura de su propietario. En todo caso se afirma que fue un buen previsor. Porque, sin duda alguna, tras el despliegue urbanístico de Lloret, salir del casco de la villa y refugiarse en ese remanso de paz ha de ser una buena medicina para el espíritu. La casa del doctor está entre los pinos, asomada al acantilado, destacando por la silueta de su blanco torreón. De la casa parten diversos caminos a modo de avenidas que dibujan plazoletas y miradores, de vez en cuando. Unos y otros tienen nombre. Porque el doctor Adler, deseoso de perpetuar el recuerdo de personas que han trabajado o trabajan para el bien de la humanidad les ha rendido su pequeño homenaje.

En el transcurso del tiempo - nos dice - he conocido a muchísima gente y he querido honrarla. Hay también nombres de personas que no conocí, como es el caso del doctor Ramón y Cajal. Pero tiene su explicación. Todo el asunto que nosotros estudiamos a través del neuro-vegetativo se debe a los estudios que hizo Ramón y Cajal. Este puso los cimientos de toda la medicina. El Dr. Pischinger de Viena, actualmente, en todas sus conferencias, no deja nunca de citar a Ramón y Cajal. También hay un recuerdo para Huneke, el iniciador de la medicina focal. Pero Huneke era muy amigo del doctor Jacinto Raventós, que le dio muchas facilidades, y por eso he puesto en una torre el nombre de los dos juntos. Por cierto que, el año 1951, el doctor Raventós también me ayudó considerablemente a mí. En el Hospital Clínico de Barcelona hicieron unas jornadas de Patología Focal Dentaria y presenté una comunicación bastante larga junto con setenta y cinco diapositivas. El doctor Raventós se presentó a la hora de mi charla con todo su equipo y se marchó al terminar. Su presencia y actitud hizo que los demás me tomaran mucho más en serio de lo que me habrían tomado. Después, regularmente, solía enviarme enfermos desde la Clínica Platón.

Además de los nombres citados, observamos los de médicos famosos como Thielemann, Bertran y Codina, Pischinger, Sollman, y nos sorprende un mirador dedicado al almirante Nieto Antúnez.

- ¿Desde cuándo su amistad con el ilustre marino español?

- Yo tenía una barca mallorquina - me dice - y con ella hacía muchas salidas. Un día me hallaba en Santa Cristina, tenía la embarcación fondeada en medio del mar y yo buceaba por debajo. Sobre la barca no dejé más que un mono. Acertó a pasar por allí otra barca en la que iba el abuelo Clúa, acompañado por el almirante Nieto Antúnez a quien yo no conocía. El almirante preguntó que hacía allí sola la barca. El abuelo Clúa, en broma, señaló el mono y repuso: -¿No ve Ud. al capitán? Poco después salí yo del agua, nos presentaron, por la tarde me invitó en Santa Cristina, y hablamos durante mucho rato de pesca, porque coincidía que Nieto Antúnez pescaba con el Caudillo en los mismos lugares de Canarias que yo, es decir, entre las Islas de Fuerteventura y Lanzarote, en la Isla de Los Lobos, y el diálogo fue muy cordial. De ahí surgió la amistad.

El promontorio donde está la finca de Ernesto Adler se adentra en el mar y permite contemplar, desde la punta, la "cala dels Frares" con Lloret al fondo, y por el lado contrario, los acantilados de Cala Trons. Desde este mirador de excepción pintaba extraordinariamente óleos y acuarelas el genial Juan Llaverías, que fue llamado en su día "el pintor de Lloret". Adler me muestra, con unción y reverencia, huellas de pintura en la corteza de uno de los pinos. Es - me dice - de cuando el artista limpiaba sus pinceles.

- ¿Usted también pintaba, verdad, doctor?

- Cierto. Y lo más curioso es que estoy catalogado como pintor famoso en un diccionario de biografías. No sé de dónde lo sacarían. Compruébalo.

Me trae un voluminoso "Diccionario Biográfico de artistas de Cataluña" de J.F. Rafols, editado en 1951, en donde leo: "Adler, Ernest. - Pintor de la primera mitad del siglo XX, de Lloret de Mar. Sus obras han sido muy consideradas en su localidad, en donde participó en colectivas. También participó en varios certámenes de poblaciones de la provincia gerundense".

— ¿Cuándo empezó a pintar?

— Durante la guerra europea tenía bastante tiempo libre. Decidí dedicar esos ratos a la pintura, por supuesto que no tenía ninguna idea de la técnica. Prueba de ello es que cuando fui a comprar las pinturas, para evitar que me preguntaran mis referencias, pedí una caja para regalar a un muchacho, añadiendo que yo no entendía nada sobre la materia. Claro que eso hace como todo: A medida que uno porfía, también va progresando. Mi primer cuadro fue de la Caleta. Lo dejé apoyado junto a lo de Bonanit, al terminarlo, y pasó un perro y lamió las pinceladas. Todo se corrió. Quedó un cuadro muy inconcreto que hacía meditar a la gente. En otra ocasión, pinté unas rocas y al mostrarlo me lo elogiaron como bodegón. Esteban Fábregas me llamaba el pintor del cielo. Siempre pintaba cielo y mar. Poco más. Me atraía esa inmensidad. En los grandes cielos encontraba el equilibrio, el contraste con mi trabajo de cada día. Hecho a trabajar dentro de la limitación de una boca, la contemplación del cielo me transportaba a los espacios grandes.

— ¿Hizo exposiciones, tal como dice su biografía?

— En la sala del Ayuntamiento, en los alrededores de 1.945 y en el Casal del Médico, de Barcelona.

Ernesto Adler es, realmente, un amante del arte. Precisando más diríamos que del arte y de la artesanía. Lo demuestra la gran cantidad de objetos que hay en su torre, unos desperdigados por el jardín, otros en el interior de la casa: cuadros, ánforas romanas, barcas miniatura, recuerdos diversos. En una habitación, a modo de retablo, en la pared, una cabecera de cama de neto estilo catalán, policromada, salvada de entre los muebles viejos de una masía lloretense. Y entre todas esas cosas, algún detalle, alguna prueba indudable del buen humor del dueño. Sobre el mueble bar, un cartelito con estas palabras: "Rincón de la Ley Seca". Hablando de carteles, uno no puede olvidar el que tiene colocado en la puerta de entrada. Dice así: "Señores ladrones. No se molesten en robar. Ya lo han hecho tres veces y sólo me dejaron unos pantalones". Aquí, en esa tranquila torre asomada al mediterráneo, Adler trabaja, estudia, investiga, descansa y escribe. Escribir, para nuestro doctor, no quiere decir dedicarse solamente a su rama científica, esbozar diagnósticos y apuntar resultados. Los escritos de Ernesto Adler son, muchas veces, una válvula de escape para divertirse y para divertir a los demás con la narración de sus anécdotas. Ha colaborado en diversas revistas, entre ellas "Rumbo", publicación dedicada a los temas de mar. En junio de 1.949 presentó en la citada revista, una serie de relatos de sus viajes y aventuras por las Islas Canarias, que son estupendos.

— Hablando de viajes ¿Usted habrá corrido mucho mundo?

— Antes de venir a España, el viaje más largo que hice fue al mar del Norte. Siempre he tenido una locura por el mar. Como soy de una región de Checoslovaquia montañosa, concretamente de Bohemia, llena de bosque, yo siempre sentía la idea de lo contrario, de la llanura, del espacio, ver nubes. En el Mar del Norte, estuve en una isla. Después he hecho las excursiones corrientes que hace la gente aprovechada, sobre todo, las idas a Alemania y las vueltas, para dar un rodeo y meterme un día por Viena, otro por París, otro por Roma, etc. Conozco también Hungría. También antes, durante los meses de invierno, como el presupuesto no me daba para tener calefacción, me marchaba a Canarias, cuyo clima es más cálido. Allí filmé una película titulada "De isla en isla."

En Canarias, el doctor Adler practicaba uno de sus deportes favoritos: la pesca submarina.

— ¿Es verdad doctor, que le tenían a usted por un individuo sospechoso?

— Ya lo creo. Sucedió que la primera isla que visité era Fuerteventura y allí no conocían aún la pesca submarina, por aquel entonces. Yo tenía un permiso de la Comandancia de Marina, que ellos ignoraban. No acostumbrados a ver quien filmara debajo del agua y menos quien saliera del mar con una buena cantidad de peces capturados, aquella gente se quedaban pasmados y me tenían poco menos que por asesino. Por el pueblo decían: "Aquí hay un extranjero con una arma secreta que mata todos los peces que encuentra". Esto comenzó a preocupar a los Guardias Civiles. Fueron al hotel para tomar mi filiación. No la encontraron porque el dueño del hotel hacía servir los impresos que le daban para rellenarlos con los datos de los turistas nada menos que para el water, dada la carestía de papel que había. Los Guardias no tuvieron más remedio que venir directamente a mí. Después de ver el permiso, el oficial exclamó: "Gracias a Dios que me ha sacado usted de un compromiso, porque no sabía yo cómo informar a mis superiores de eso que todo el mundo dice de que tiene usted una arma secreta."

En otra ocasión, estaba pescando y filmando por aquellas islas y seguía apasionadamente los movimientos de una bandada de peces, sin reparar en nada más, cuando me llegaron los gritos de los indígenas que, desde la orilla, voceaban: "Los Guardias Civiles, los Guardias Civiles!" Claro. Yo estaba la mar de tranquilo. "Los Guardias Civiles, los Guardias Civiles!" Al final les pregunté: ¿Quién? ¿El Sargento o el Teniente que es amigo mío? A lo que repusieron: "Aquellos peces grandes que se aproximan." Y entonces supe que los de allí llaman Guardias Civiles a una especie de peces martillo, por lo visto algo peligrosos.